

Essays, mainly on the nineteenth century; los ensayos abarcan diversos tópicos de la predilección del homenajado, principalmente literarios, aunque halla lugar también el deporte, y dos se refieren a los entretelones de la vida de un publicista.

Orpheus reúne en seis secciones veinticinco títulos que, a juicio del compilador, JOHN LEHMANN, colaborador y editor al mismo tiempo, forman un compendio de lo más representativo y lo más visionario en el cuento, el ensayo literario y la disquisición de la técnica poética inglesa, y en el terreno del arte y el teatro europeos de la década pasada, por lo que es un verdadero Libro Amarillo de ella. Por su elegante presentación es un verdadero aguinaldo de la vuelta a la normalidad después de las estrecheces de la guerra, durante la cual, por la escasez de papel, llegó a darse el caso de tener los impresores que cambiar en las últimas páginas el tipo usado por uno de menos puntos para no dejar a medio llenar el último fascículo.—M. B. C. ✓



<https://doi.org/10.29393/At301-17CAAT10017>

TRES LIBROS Y UNA REVISTA DE POESIA, por At. ✓

«CARACOL», por *Vicente Parrini Ortiz*. Ediciones Anteo,
Santiago de Chile

La Mistral, en su primer libro, *Desolación* (1923), exhibía ya, poemas infantiles. Nos parece que por esa misma época dió a la estampa Humberto Díaz-Casanueva, una selección de poesías para niños. Una y otro eran, además de poetas, educadores en activo ejercicio de la profesión. En 1941, Andrés Sabella, prisionero entre códigos y teorías del Derecho, lanza a la publicidad su «Vecindario de palomas».

El tema es antiguo entre nosotros y son innumerables las

personas que lo frecuentan; con mayor o menor fortuna, por cierto. Rara cosa en un país que cuenta, según se dice, con la más alta cuota de mortalidad infantil en el mundo, y en donde no se da empleo a «mujeres con guagua», ni se arrienda pieza o casa a familias con chicos.

De Gabriela Mistral, Andrés Sabella, que se ha convertido en el abogado de los niños, dice, en su *Crónica mínima de una gran poesía* (1941):

«La Mistral ha sido conceptuada como la poetisa de los niños, afirmación que negamos; los niños no la comprenden; ella es la garganta de las madres, las madres hablan en su voz...»

No obstante, hay composiciones del género que graban el nombre de Gabriela Mistral en libros de lectura, los más socorridos y en infinitas publicaciones periódicas concernientes a la enseñanza de los párvulos.

El optimismo de los cultivadores no decae, sin embargo. Prueba de ello es *Caracol*, breve libro en verso de Vicente Parrini Ortiz. Pasando y repasando sus páginas, evocamos las rondas de la infancia lejana y nos preguntamos, de pronto, por los autores de aquellas estrofas y melodías, tan deliciosamente espontáneas y tan acordes con la expresión sencilla y honda de la «gente menuda» que nada sabe de retórica ni de manuales de métrica.

Parrini Ortiz es maestro de primera enseñanza y en ello radica su libro *Caracol*, cuyo destino no nos es dado predecir, pues el dictamen—el juicio autorizado—pertenece a sus destinatarios el dictarlo. Esos destinatarios son los niños y ellos, y no otros, le asignarán la dorada corona del triunfo o la corona gris del olvido. En todo caso, cabe reconocer que Parrini es uno de esos autores que no teme a la puerilidad, límite inminente que circunda a esta clase de literatura.

La poesía brotaba, en sus orígenes, de la misma fuente que la música. ¿No sería lógico creer que la poesía llamada infantil debe ser musicada?